

Cañaverales, trapiches e ingenios en México. Dinámicas históricas y procesos actuales

VIRGINIE THIÉBAUT
LUIS ALBERTO MONTERO GARCÍA

EL CULTIVO DE LA CAÑA DE AZÚCAR y la industria relacionada presentan el doble interés de tener una larga trayectoria histórica y de manifestar en la actualidad dinámicas espaciales, sociales y económicas muy cambiantes, dentro de un sector agroindustrial mexicano en plena reestructuración, veinte años después de la entrada en vigor del Tratado de Libre Comercio.

Después de la construcción de un primer trapiche en la región de Los Tuxtlas, en el actual estado de Veracruz, pocos años después de la conquista española, el cultivo de la caña se desarrolló rápidamente en las décadas siguientes en la región de Cuernavaca, en las vertientes del Golfo y del Pacífico y en los valles tropicales y subtropicales del interior.¹ La gramínea entró en competencia con otros cultivos practicados por los indígenas, en especial por el agua de riego, pero se impuso y estabilizó en muchos lugares. Se procesaba en pequeñas fábricas artesanales (trapiches) que fabricaban panela, mieles y piloncillo, o en unidades más importantes y organizadas (ingenios), incorporadas a las haciendas, que elaboraban el azúcar. Los diferentes endulzantes obtenidos se consumían a nivel local y regional, aunque en el caso del azúcar, parte se exportaba a la metrópoli. El cultivo dio origen a una organización territorial nueva, que combinaba la fábrica y los cañaverales más o menos extendidos que la rodeaban y surtían. De este orden territorial nació también una organización social específica, caracterizada por la presencia de esclavos negros y una distribución del trabajo jerarquizada y especializada.

¹ CRESPO, 1988, p. 49.

En el siglo XIX, después de la guerra de independencia que causó grandes destrucciones en algunas regiones, los complejos cañero-azucareros se reforzaron, pero con cambios en su organización socioespacial. El trabajo asalariado sustituyó al trabajo de los esclavos, sin cambiar de manera significativa la organización social. Gracias a la maquinaria moderna traída de Europa o de Estados Unidos, que aumentó la capacidad de molienda, y al implemento de sistemas de riego, se mejoró la productividad tanto a nivel agrario como industrial, y se pudieron abrir nuevas áreas al cultivo de la caña. Con estas mejoras, las grandes haciendas dedicadas al cultivo llegaron a su mayor auge durante el Porfiriato. Fue el caso especialmente de Morelos, donde la tecnificación de las infraestructuras de irrigación permitió ampliar la superficie cañera, y de Veracruz, donde algunos ingenios —como San Cristóbal, a la orilla del río Papaloapan, y San Francisco, en Lerdo de Tejada— llegaron a un nivel de producción importante. Sinaloa fue otro gran espacio cañero abierto durante esa época, donde se montaron nuevos ingenios, como Los Mochis, El Dorado y La Primavera. Al mismo tiempo, se multiplicaron los pequeños trapiches paneleros y alcoholeros, los que también contribuyeron a la expansión de la superficie cañera.

Después de la Revolución, la reforma agraria no se aplicó a los cultivos de plantación ni a las agroindustrias, por lo cual los complejos cañero-azucareros heredados del Porfiriato se mantuvieron con la misma organización e importancia. Incluso se formaron nuevos polos azucareros vinculados al grupo político en el poder, como el de Sonora: Rodolfo Elías Calles y Aarón Sáenz fueron accionistas de la Compañía Azucarera El Mante de Tamaulipas y Plutarco Elías Calles (hijo) era propietario de tierras de riego dedicadas a la caña de azúcar.² En razón del continuo crecimiento de los cultivos y del consecuente aumento de la producción, el sector atravesó una crisis de sobreproducción en los años veinte y treinta, que provocó la desaparición de las industrias más débiles y la consolidación de las más competitivas y que podían producir a bajo costo. Mientras el estado de Morelos, objeto de numerosas destrucciones debidas al conflicto revolucionario, nunca recuperó su posición central en la pro-

² BARTRA, 1993, p. 89.

ducción de azúcar, la región de Veracruz salió favorecida. Su consolidación fue posible gracias a la instalación anterior, durante el Porfiriato, de modernas fábricas a orillas de los ríos Papaloapan, San Juan, Coatzacoalcos y Pánuco, y la modernización de las fábricas asentadas en las regiones de Xalapa-Coatepec y Córdoba-Orizaba.³ La expansión del cultivo fue especialmente importante en la región del Sotavento, en razón de las condiciones favorables para el cultivo y de la cercanía del puerto de Veracruz, adonde las producciones de azúcar y alcohol llegaban por vías terrestres o fluviales, y de donde salían para su exportación.

El desarrollo del sector implicó un fuerte crecimiento de la mano de obra asalariada, que se empezó a organizar en sindicatos activos para reclamar derechos laborales y sociales en los años veinte. En Veracruz, los obreros y los campesinos se organizaron en varios ingenios, y se agruparon después en organizaciones más grandes a niveles regional y nacional. En 1926, el líder azucarero Vidal Díaz Muñoz fundó la Federación Nacional de Trabajadores de la Industria Azucarera, Alcoholera y Similares (FNTIAAS), que agrupaba a obreros y campesinos de Veracruz, Puebla, y otros estados.⁴ Si las organizaciones sindicales fueron apoyadas en sus luchas por el gobierno estatal de Adalberto Tejada en Veracruz, en otros estados la situación fue mucho menos favorable y los derechos laborales tardaron en conquistarse.

La llegada de Cárdenas al poder y la aplicación de la reforma agraria significaron otra etapa en el sector cañero-azucarero, ya que muchas de las tierras pasaron a manos del sector ejidal y quedaron separadas de la demanda del sector industrial, el cual permaneció en la iniciativa privada. Esta nueva situación provocó la falta de coordinación y cierto desequilibrio entre campo y fábrica, con problemas de abastecimiento de los ingenios.⁵ Los decretos gubernamentales de 1943 y 1944, que se tomaron para resolver estos problemas, establecieron áreas de abastecimiento obligatorias para las industrias y les otorgaron a éstas atribuciones para ofrecer créditos a los campesinos, a quienes dan un papel central. Como consecuencia, el cultivo de la caña de azúcar conoció un fuerte

³ MONTERO GARCÍA, 2011.

⁴ BARTRA, 1993, p. 169.

⁵ BARTRA, 1993, p. 137.

crecimiento de superficie y pasó a ser un monocultivo en varias regiones donde había ingenios, pero los productores se quedaron nuevamente subordinados y encadenados a las fábricas.⁶

En estas décadas la intervención del gobierno federal en el sector fue cada vez más fuerte para intentar solucionar los problemas de sobreproducción, el rezago del sector industrial y la pérdida de rentabilidad del cultivo. Su papel de regulador económico mediante la creación de la Comisión Reguladora del Mercado del Azúcar y del Alcohol en 1931 —más tarde Azúcar, S. A. y luego Unión Nacional de Productores de Azúcar, S. A. (UNPASA)—, fue reforzado por la creación de un banco privado, la Financiera Nacional Azucarera, S. A. (Finasa), en 1943, que financiaba totalmente al sector.⁷ Luisa Paré señala que, en 1957, 90% de los capitales de la industria eran del gobierno.⁸ Proveedor de recursos y subsidios, regulador del mercado del azúcar y del alcohol, el gobierno federal llegó a su máxima intervención en el sector al inicio de los años setenta. Fue entonces cuando nacionalizó gran parte de los ingenios del país para intentar remediar la crisis que enfrentaba la agroindustria, debida en gran parte a la descapitalización de las fábricas y a su baja productividad. En la misma época todas las organizaciones anteriores se reunieron en una sola, la Comisión Nacional de la Industria Azucarera (CNIA), con el objetivo de tener un máximo control del sector. Este organismo era encargado de definir la política gubernamental en materia de producción, industrialización y comercialización del azúcar.⁹ Mientras tanto, en el panorama nacional, predominaba la división y fragmentación de las fuerzas sindicales cañeras. En 1972 los campesinos cañeros protagonizaron uno de los movimientos sociales más emblemáticos de la industria azucarera, impugnando y cuestionando las prácticas tradicionales de sus organizaciones y buscando otras formas de organización.

La situación empezó a cambiar y el papel del gobierno a disminuir cuando se adoptó el plan de ajuste estructural propuesto por el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial para paliar la crisis de la

⁶ CRESPO, 1988, pp. 889-890; PARÉ, 1987, pp. 20 y 53.

⁷ BARTRA, 1993, p. 150; PARÉ, 1987, p. 22.

⁸ PARÉ, 1987, p. 23.

⁹ PARÉ, 1987, p. 32.

deuda externa de 1982. La aplicación de esta política implicó la privatización de numerosas empresas públicas y la reducción de la participación del Estado en varios sectores económicos, antes considerados prioritarios, como el agrícola. Posteriormente, se reforzó la tendencia con el cambio de estatuto de las tierras ejidales (1992) y la puesta en vigor del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) (1994), lo que provocó la liberalización del mercado. En el campo cañero y las agroindustrias azucareras, las consecuencias principales fueron la competencia del azúcar mexicano con edulcorantes importados y la privatización de la mayoría de los ingenios, que pasaron a manos de grandes grupos azucareros: AGA, Beta San Miguel, Escorpión, Machado, Promotora Industrial Azucarera, S. A. de C.V. (PIASA), Porres, entre otros. Esta situación afectó no solamente a las agroindustrias y sus trabajadores, sino también a los productores de caña, que tuvieron que enfrentar la reducción de créditos, subsidios y prestaciones sociales y la pérdida de la flexibilidad que ofrecían los ingenios bajo control estatal.¹⁰ Posteriormente, como los empresarios privados no lograban enfrentar los problemas de sobreproducción y bajos precios, el gobierno federal hizo una nueva expropiación: 27 ingenios en situación de quiebra pasaron a manos del Fondo de Empresas Expropiadas del Sector Azucarero (FEESA) en septiembre de 2001, sin que esto implicara modificaciones a las políticas neoliberales adoptadas anteriormente. Hoy en día el problema azucarero sigue vigente, pues ni bajo la administración gubernamental ni con la privatización se logró crear una estructura coherente, eficaz y global. Las crisis son recurrentes, como lo muestran las últimas acciones de protesta de los cañeros veracruzanos, en septiembre de 2013, en contra de la disminución drástica del precio de la materia prima (441.65 pesos por tonelada en 2012-2013, contra 666.90 pesos del año anterior, en el estado de Veracruz).

A pesar de estos problemas y de los contextos económicos distintos, la superficie de caña de azúcar no ha dejado de crecer en las últimas décadas. Es el quinto cultivo más extendido a nivel nacional después del maíz, del sorgo, del frijol y de la avena forrajera, con 777 242 hectáreas cubier-

¹⁰ THIÉBAUT, 2013.

tas.¹¹ Su importancia se mide no sólo a nivel de los paisajes agrarios, sino también a nivel de su producción, pues se elaboran 5 066 346 toneladas de azúcar en el país (Unión Nacional de Productores), siendo ésta un producto de consumo básico. El cultivo tiene además ciertas características originales dentro del sector agrario: da derecho a beneficios sociales, como el seguro social y la pensión de jubilación después de 25 años de cotización, y está respaldado por agrupaciones sindicales muy organizadas y de mucha tradición, herencias de los sindicatos de obreros y campesinos nacidos en la década de 1920. Es también un cultivo que provoca fuertes daños medioambientales, ya que agota los suelos y necesita grandes cantidades de abonos y químicos para seguir teniendo un buen rendimiento después de varios años de cultivo, mismos que provocan contaminación de los suelos, las aguas y el aire. Otro aspecto específico del cultivo es que a partir de la caña de azúcar se pueden obtener varios productos y subproductos, además del azúcar y del alcohol, que pueden tener usos diversificados —como abono o combustible—, pero que son pocos valorados en México en la actualidad.

Para entender los múltiples aspectos relacionados con la caña de azúcar y sus problemáticas —la evolución del cultivo de la caña de azúcar en el espacio agropecuario mexicano a través de los siglos, sus dinámicas contrastadas según las regiones y las temporadas, la originalidad de los grupos sociales que se formaron en relación con él, y también los problemas que enfrenta el cultivo hoy en día— es imprescindible un acercamiento multidisciplinario. Sólo el trabajo conjunto de diferentes especialistas de las ciencias sociales —sociólogos, historiadores, geógrafos y ecólogos— permite abarcar estas problemáticas distintas y analizar las dinámicas relacionadas con el cultivo, la agroindustria, pero también la esclavitud y los problemas de medio ambiente.

Los siete trabajos presentados en este número temático de *Ulúa* se enfocan a estas problemáticas, los primeros tres enfocados a dinámicas históricas y los siguientes cuatro a procesos actuales.

Así, dentro del primer grupo de trabajos, en “Trapiches de Acayucan y Los Tuxtles durante la época colonial”, Alfredo Delgado Calderón estudia

¹¹ SIAP/Sagarpa, 2012.

las condiciones que hicieron posible la creación del primer trapiche en la región de Los Tuxtlas por Hernán Cortés. Analiza asimismo las redes de comercio y de contrabando de los productos derivados de la caña de azúcar durante la época colonial, en la región sur de Veracruz, y describe la situación del cultivo y de las distintas industrias establecidas en la misma región durante el siglo XIX.

Enseguida, Luis J. García Ruiz, en “Esclavos de la subdelegación de Xalapa ante el Código Negro de 1789: insubordinación, justicia y represión”, repasa la época final de la esclavitud en la subdelegación de Xalapa, y las organizaciones, luchas y resistencias de los esclavos negros en una hacienda cañera (San Cayetano Pacho) al final del siglo XVIII. Este artículo nos permite, por ello, apreciar mejor las condiciones de vida de estos pobladores esclavizados en las grandes plantaciones de finales de la época colonial.

Por su parte, en “Haciendas y recursos territoriales en la modernización agroindustrial azucarera. Una perspectiva desde Morelos, 1880-1913”, Horacio A. Crespo Gaggiotti revisa el proceso de modernización tecnológica de la agroindustria y el aumento de la escala productiva en el estado de Morelos, al final del siglo XIX. Basándose en los recursos territoriales —agua y tierra— el autor considera estos cambios como factores de transformación socioeconómica, mismos que constituyeron la base de la crisis revolucionaria que tuvo lugar unos años más tarde.

Dentro del segundo conjunto de trabajos, los dos primeros textos evalúan las estrategias productivas en diferentes partes del estado del Veracruz, mientras los dos siguientes se acercan al posible desarrollo de las biorrefinerías y al impacto del cultivo, en especial el medioambiental.

Así, en “Liberalización económica y caña de azúcar: tres estudios de caso en México”, Virginia Thiébaud se enfoca al estudio de la evolución del cultivo de la caña de azúcar en el contexto económico actual y muestra cómo los cañeros se han adaptado a estas nuevas condiciones. La comparación de la situación de tres regiones, en los estados de Michoacán (valle de Los Reyes), Veracruz (Golfo de México) y Oaxaca (cuenca baja del Papaloapan), le permite a la autora contrastar las políticas de las industrias y las estrategias productivas de los cañeros en contextos históricos, sociales y geográficos específicos de cada región.

Por su parte, Rosío Córdova Plaza y Ana Isabel Fontecilla Carbonell, en “Estrategias de subsistencia y desarrollo en una localidad cañera del centro de Veracruz”, explican cómo en la localidad de Las Lomas, en Coatepec, Veracruz (área de abastecimiento del ingenio Mahuixtlán), el hecho de cultivar caña de azúcar es parte de un conjunto de estrategias de subsistencia, dentro de las cuales la principal es la migración. El cultivo es parte del sustento de los grupos domésticos y permite, en algunos casos, el uso más lucrativo de la tierra. Basado en el concepto de nueva ruralidad, el artículo permite considerar el papel que tiene la caña como un elemento estable en el medio rural, por los beneficios sociales que proporciona.

A continuación, en “El impacto socioambiental de la caña de azúcar y los biocombustibles”, Hipólito Rodríguez Herrero se dedica a evaluar las consecuencias ambientales del sistema de producción del azúcar, que durante mucho tiempo no habían sido tomadas en cuenta. Después de hacer un recuento de los antecedentes del cultivo en México, resalta la importancia de conocer sus costos ambientales “ocultos”, y de esa manera poder evaluar las virtudes reales de los biocombustibles, en un contexto de posible transformación de los ingenios tradicionales en biorrefinerías.

Finalmente, y en relación con el artículo anterior, Noé Aguilar Rivera, en “Biorrefinería de la caña de azúcar en México en el siglo XXI”, aborda la diversificación posible de los subproductos obtenidos de la caña de azúcar y las limitaciones que existen para el establecimiento de biorrefinerías. Utilizando diferentes indicadores, el autor busca determinar cuáles son las zonas cañeras adecuadas que podrían expandirse, a nivel de productividad, para producir azúcar, etanol y otros derivados, sin incrementar la frontera agrícola.

El conocimiento de la instalación de los primeros trapiches en Veracruz y de las redes de comercio de los productos derivados de la caña durante la época colonial; los nuevos elementos aportados sobre la organización social de los esclavos en las haciendas coloniales y sobre la industrialización de las fábricas en el siglo XIX, constituyen, en este número temático de la revista *Ulúa*, antecedentes que nos permiten entender las organizaciones socioespaciales del pasado y tener más claridad sobre las problemáticas actuales de la caña de azúcar. Por otra parte, la situación que enfrenta el sector cañero-azucarero en el actual contexto de liberalización económica es muy representativa del sector agropecuario en general. Las estrategias campesinas

de sobrevivencia, los problemas medioambientales y las posibilidades de diversificación —en este caso, mediante el posible desarrollo de las biorrefinerías— atañen a todos los sectores campesinos y nos permiten tener un mejor conocimiento del medio rural mexicano en su conjunto.

BIBLIOGRAFÍA

BARTRA, Armando (coord.)

1993 *De haciendas, cañeros y paraestatales. Cien años de historia de la agroindustria cañero-azucarera en México: 1880-1980*, Escuela Nacional de Estudios Profesionales Acatlán, Universidad Nacional Autónoma de México, México.

CRESPO, Horacio (dir.)

1988 *Historia del azúcar en México*, Fondo de Cultura Económica/Azúcar, S. A., vol. I, México.

MONTERO GARCÍA, Luis Alberto

2011 “La lenta construcción de regiones azucareras en Veracruz: de la Colonia a la segunda mitad del siglo XIX”, en Hilda Iparraguirre y María Isabel Campos Goenaga (coords.), *Hacia una nación moderna. La modernidad y la construcción de la nación en México*, Escuela Nacional de Antropología e Historia/Instituto Nacional de Antropología e Historia/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, México, pp. 89-117.

PARÉ, Luisa (coord.)

1987 *El Estado, los cañeros y la industria azucarera: 1940-1980*, Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México, México.

THIÉBAUT, Virginia, Christelle HÉDOUIN y Agathe LEGENDRE

2013 “Caña de azúcar y liberalización económica. Estrategias campesinas y cambios territoriales en Jalisco y Veracruz”, *Sociedades Rurales, Producción y Medio ambiente*, Universidad Autónoma Metropolitana-Unidad Xochimilco, México, junio, vol.13, núm. 25, pp.15-44.

SIAP/Sagarpa

2012 *Cierre de la producción agrícola por cultivo*. Disponible en: http://siap.sagarpa.gob.mx/index.php?option=com_wrapper&view=wrapper&Itemid=350 (consultado: 13 de enero de 2014).

UNIÓN NACIONAL DE CAÑEROS (CNC)

s. f. Disponible en: <http://www.caneros.org.mx/estadisticas.html> (consultado: 13 de enero de 2013).